

LXIII.

Y les dice tambien, que ver desea
 El libro que á su ley y fe preside;
 Por ver si con la dél conforme sea,
 O si moral diversa las divide;
 Y porque todo note, observe y vea,
 Que le presente al Capitan, le pide,
 Aquellas fuertes armas, de que usaban
 Cuando con sus contrarios peleaban.

LXIV.

El valeroso Capitan responde,
 Por uno que la lengua vil sabia:
 Y le hace relacion, y poco esconde,
 De su ley, tierra y armas que traia:
 Dice que no es su raza la de donde
 Procede la ímpia gente de Turquía;
 Y que son de la Europa belicosa,
 Y que la India buscan tan famosa.

LXV.

Que la ley de Aquel sigue, á cuya mano
 Obedecen lo oculto y lo visible:
 De aquel Ser que creó todo lo humano:
 Lo que tiene sentido y lo insensible:
 Que ofensas padeció y ultraje insano,
 Sufriendo inmerecida muerte horrible;
 Y en fin, que desde el cielo bajó al suelo,
 Para el hombre subir del suelo al cielo.

LXVI.

«De este Dios-Hombre, altísimo, infinito,
 No estrañes que hoy el libro aquí no lleve,
 Escusando en papel traer escrito
 Lo que estar en el alma impreso debe:
 Que veas nuestras armas te permito,
 Pues así lo pediste claro y breve.
 Las verás amigable, pues espero
 Que no las quieras ver como guerrero.»

LXVII.

Esto diciendo, manda á diligentes
 Ministros enseñar las armaduras;
 Ven arneses y petos relucientes,
 Mallas finas, de acero planchas puras,
 Escudos de labores diferentes,
 Trabucos y espingardas muy seguras,
 Arcos y sagitíferas aljabas,
 Partesanas agudas, picas bravas.

LXVIII.

Las bombas de disparo y juntamente
 Las sulfúreas pelotas, tan dañosas:
 Pero á los de Vulcano no consiente
 Dar fuego á las bombardas temerosas;
 Porque el gallardo espíritu valiente,
 Entre gentes tan pocas y medrosas,
 Para no ser cual es, tiene razones:
 Que es flaqueza, entre ovejas, ser leones.

LXIX.

Pero de esto que al Moro se le muestra
 Y de cuanto observó con ojo atento,
 Le vino al alma cólera siniestra
 Y á la mente torcido pensamiento:
 Mas en gesto y accion no lo demuestra,
 Sino que, con risueño fingimiento,
 Blandamente tratarlos determina
 Hasta que pueda hacer lo que imagina.

LXX.

Pilotos luego el Capitan le pide,
 Por quien pudiese al Indo ser llevado:
 Y dícele que el pago no se mide
 Del trabajo que en ello hayan tomado.
 Prométeselo el Moro, en quien reside
 Tal intencion, intento tan malvado,
 Que, á poderlo, la muerte, en aquel día,
 En igual de Piloto le daría.

LXXI.

¡Tal era el odio y malquerer tenaces
 Que encendió contra el Luso la venganza,
 De la verdad al ver que son secuaces
 Que el hijo de David da en enseñanza!
 ¡Oh profundos arcanos no falaces
 A que juicio mortal ninguno alcanza!
 ¡Que nunca falte un pérfido enemigo
 Aun al que siempre fue del cielo amigo!

LXXII.

Partió en esto y llevó su compañía
 De las náos el Moro despachado,
 Con engañosa y grande cortesía,
 Con aspecto de halago simulado.
 Cortaron los bateles la ancha vía
 Del conocido mar; y acompañado,
 Ya en tierra, de obsequioso ayuntamiento,
 Fuese el Moro á su cógnito aposento.

LXXIII.

Desde su etéreo asiento el gran Tebano
 Que del muslo paterno fue nacido,
 Viendo que el fuerte pueblo Lusitano
 Es al Moro molesto, aborrecido,
 En la mente revuelve intento insano,
 Con que sea del todo destruido;
 Y mientras en la mente lo ordenaba,
 Consigo estas palabras platicaba.

LXXIV.

«Está ya decidido por el Hado
 Que alcance las victorias más famosas
 La fuerte grey del Portugués estado
 De las indianas gentes belicosas:
 Yo solo, hijo de padre sublimado,
 Con cualidades tantas generosas,
 ¡Sufriré que el destino favorezca
 A aquél por quien mi nombre se oscurezca?

LXXV.

»Ya los dioses quisieron que tuviese
El hijo de Filipo en esa parte,
Tanto poder, que todo lo rindiese
Bajo su imperio el furibundo Marte.
¿Mas háse de sufrir que el Hado, diese
A tan pocos tamaño esfuerzo y arte,
Y yo, y el Macedonio, y el Quirite,
Demos lugar al que el honor nos quite?

LXXVI.

»No será así, porque antes que llegado
Hubiere el Capitan, astutamente
Le será tanto engaño fabricado,
Que jamás toque al suelo del Oriente.
Yo á tierra bajaré, y el inflamado
Pecho haré incendio de la Máura gente:
Porque siempre por via irá derecha,
Quien de oportuno tiempo se aprovecha.»

LXXVII.

Esto diciendo, fiero y quasi insano,
Sobre la tierra de África lanzóse,
Donde tomando forma y gesto humano,
Para el sabido Praso encaminóse;
Y por mejor fingir el hecho vano,
En natural figura convirtióse
De un Moro, en Mozambique conocido,
Viejo sabio, del Jeque muy valido.

LXXVIII.

Alcual entrando á hablar, al tiempo y horas
A la malicia aquella acomodadas,
Le dice, que eran hordas malhechoras
Las que allí nuevamente eran llegadas;
Que vino, de las gentes moradoras
De la costa, rumor que de robadas
Por estos hombres que pasaban, fueron,
Que con pactos de paz siempre mintieron.

LXXIX.

«Y á más sabe (le dice) que entendido
Tengo de estos cristianos, que ladrones
El comercio del mar han destruido,
Con incendios y bárbaras acciones,
Y ya traen, de largo, engaño urdido
Contra nos; y que son sus intenciones
Solo de asesinarlos y robarnos,
Y á los hijos y esposas cautivarnos.

LXXX.

»Y sé tambien que tiene ya tratado
De venir á buscar agua, muy cedo,
El Capitan, de muchos resguardado,
Que de intencion dañada nace el miedo.
Tú tambien debes, con tu gente, armado,
Ir á esperarlo al paso, oculto y quedo;
Con que al bajar la suya descuidada,
Pueda toda caer en la lazada.

LXXXI.

»Y no quedando aún de esta pelea
Destruídos ó muertos totalmente,
Imaginado tengo, acá en la idea,
Otra maña y ardid, que te contente.
Manda darles Piloto infiel, que sea
De astucia natural, y tan prudente,
Que los lleve á dó fueren destrozados,
Perseguidos sin fin y esterminados.»

LXXXII.

No bien estas palabras lento dijo,
El Moro atento al fraude, al sabio viejo
El cuello le ciñó con regocijo,
Agradeciendo mucho el buen consejo:
Y luego preparó, nada prolijo
Para la empresa el bélico aparejo,
A fin que al Portugués se le volviese
En rojo humor el agua que obtuviese

LXXXIII.

Y busca para el logro del engaño
Quien á la escuadra por Piloto mande;
Sabio, astuto, sagaz en todo daño,
A quien pueda confiarse un hecho grande.
Dícele que, siguiendo al Lusitano
Por tales costas y corrientes ande,
Que si de una escapare, en otra ciego
Vaya, con más desastre, á caer luego.

LXXXIV.

Ya Apolo con sus rayos visitaba
Los Nabateos montes, ascendido,
Cuando Gama á ir á tierra se aprontaba
Por agua, con su tropa, decidido.
En las naves la gente se aprestaba,
Cual si le fuese el fraude conocido:
Mas sospecharlo puede fácilmente,
Que cuando avisa, el corazon no miente.

LXXXV.

Cuanto más, que mandado habia á tierra
Al piloto á traer refresco vario:
Y respondido fuele en son de guerra,
Caso de lo ofrecido muy contrario.
Por eso, y porque sabe cuánto yerra
Quien se cree de su pérfido adversario,
Apercibido va, como podia,
En tres bateles solos que traia.

LXXXVI.

Mas los moros, que andaban por la playa,
A impedirles el agua apetecida,
Uno armado de escudo y de azagaya,
Otro de arco y de aljaba guarneçada,
Esperan que la Lusa gente vaya,
La mayor parte de ellos escondida;
Si bien para lograr mejor el lance,
Algunos por ñagaza están de avance.

LXXXVII.

Y van por la ribera alba, arenosa,
 Con ademanes bélicos, alzando
 La adarga y arco, y flecha peligrosa,
 A los callados Lusos incitando.
 No sufre asaz la gente valerosa,
 Que los canes el diente estén mostrando,
 Y cada cual dá en tierra tan ligero,
 Que nadie decir puede que es primero.

LXXXVIII.

Cual en coso sangriento el ledo amante,
 Viendo á la bien querida hermosa dama,
 Busca al toro, y saliéndole delante,
 Salta, corre tras él, le silba y llama:
 Mas el fiero animal, en tal instante,
 La cornígera frente inclina y brama,
 Y arrancando feroz, los ojos cierra,
 Hiere, rompe, destroza y echa á tierra:

LXXXIX.

Así, en la escuadra ruido se levanta
 De la dura y horrenda artillería:
 La férrea bola mata, el ruido espanta:
 El aire zumba, el humo turba el día:
 El pecho de los moros se quebranta:
 Y creciendo el terror, su sangre enfria,
 Y el descubierto muere destrozado,
 Y el que estaba escondido huye asustado.

XC.

No contenta la gente portuguesa,
 Prosigue la victoria, hiere y mata:
 La poblacion, sin muros, es ya opresa,
 Y la incendia, bombea y desbarata.
 De la celada al moro ya le pesa,
 Que bien cuidó comprarla más barata:
 Y el anciano y la madre, hoy infelice,
 Execra de la guerra, y la maldice.

XCI.

Corre el moro y saetas va arrojando
 Sin fuerza, de cobarde y presuroso,
 Palos, piedras y troncos vá tomando,
 Y armas dále el furor ciego y rabioso;
 Y ya el pueblo y la isla abandonando,
 Huye á la tierra-firme temeroso:
 Pasa, y corta del mar el brazo estrecho
 Que de aquella la aparta breve trecho.

XCII.

Unos en almadias van fajadas;
 Quién cruza el agua á nado diligente;
 Quién se ahoga en las olas encrespadas;
 Quién el mar bebe y echa juntamente.
 Derriban las frecuentes bombardadas
 Los Pánguios breves de la bruta gente:
 Terrible, en fin, el portugués castiga
 La vil malicia pérfida enemiga.

XCIII.

Y tornan victoriosos á la armada
 Con el largo despojo y rica presa;
 Y van á su placer á hacer aguada
 Ya sin miedo de daño y de sorpresa.
 Queda la Máura gente malparada,
 Más que nunca en el odio antiguo accesa;
 Y viendo sin venganza tanto daño,
 Solo esperando está del otro engaño.

XCIV.

Proponer paz dispone arrepentido
 El Regidor de aquella inicua tierra,
 Sin que sea del Luso conocido
 Que en figura de paz le mandan guerra;
 Porque al falso piloto prometido
 (Promesa de favor que el daño encierra)
 En señal de las paces que trataba,
 A que á morir los lleve le mandaba.

XCV.

El capitan, á quien entonces place
 Tornar á su camino acostumbrado:
 A quien tiempo ya dulce y próspero hace
 Para en busca salir del Indo ansiado,
 Al piloto recibe y satisface
 Que le envían; y en todo agasajado,
 Y despedido el mensajero atento,
 Las velas manda dar al largo viento.

XCVI.

De esta suerte, ya en paz, la armada airosa
 De Anfítrite las aguas dividia:
 De Nereo la prole vá gozosa
 En torno, fiel y alegre compañía.
 El capitan sin maliciarse cosa
 Del engañoso ardid que el moro urdia,
 Del mismo largamente se informaba,
 Del Indo todo y costas que pasaba.

XCVII.

Mas instruido el Moro en los engaños
 Que el malévolo Baco le ha tejido,
 De cautiverio y muerte nuevos daños,
 Antes que al Indo llegue, ha prevenido:
 De los puertos le da razon Indianos,
 Y de cuantos detalles le ha pedido;
 Y en tanto el Portugués nada temia,
 Tomando por verdad lo que decia.

XCVIII.

Y añadió, con el falso pensamiento
 Con que al Frigio á Sinón burlar se ha visto:
 Que está cerca una Isla, cuyo asiento,
 Siempre antiguo ocupó pueblo de Cristo.
 El Capitan que á todo estaba atento,
 Alégrase al relato no previsto,
 Y á que le lleve al puerto le incitaba.
 Con grandes dones dó el cristiano estaba.

XCIX.

Lo mismo el falso Moro determina,
 Que lo que el capitan desear puede;
 Que la tierra habitada es de Ferina
 Gente que sigue el culto de Mahomede.
 Aquí el engaño y muertes imagina,
 Porque en poder y fuerzas mucho escede
 A Mozambique el pueblo, que se llama
 Quiloa, muy conocido por su fama.

C.

Dirigiase allá la alegre flota:
 Mas la diosa en Citéres bendecida,
 Viéndola abandonar la cierta rota
 Por ir tras de la muerte imprevenida,
 No consiente que, en tierra tan remota,
 Se pierda gente de ella tan querida,
 Y con vientos contrarios la apartaba
 De á dó el falso piloto la llevaba.

CI.

Con que el malvado Moro no pudiendo
 Tal determinacion llevar adelante,
 Otra perfidia en su lugar urdiendo,
 Prosigue en su propósito constante.
 Dice que, pues las aguas impeliendo
 Los llevan á la fuerza hácia adelante,
 Que cerca hay otra Isla cuya gente
 Son cristianos y moros juntamente.

CII.

Tambien en este aserto le mentia,
 Como, en fin, por costumbre ya llevaba;
 Porque de Cristo allí gente no habia,
 Sino la que á Mahoma celebraba.
 El Capitan, que al Moro bien creia,
 Velas virando, la Isla demandaba:
 Mas no quiere la diosa guardadora,
 Y la barra no vence la alta prora.

CIII.

La Isla á Quiloa está tan allegada,
 Que un paso estrecho á entrambas dividia,
 Y una ciudad en ella está situada,
 Qué al frente de la mar aparecia;
 De nobles edificios está ornada
 Cual, de lejos, por fuera, bien se vía:
 Móbaza, isla y ciudad por nombre tienen,
 Y á un Rey anciano á someterse vienen.

CIV.

Y el Capitan á vista de ella ha anclado,
 Estrañamente alegre, porque espera,
 Que va á ver aquel pueblo bautizado,
 Como el falso piloto le dijera;
 Cuando héte que de tierra con recado
 Llegan barcos del Rey, que ya supiera
 Quien son, que Baco de antes le avisára,
 De otro Moro en la forma que tomára.

CV.

El recado que tráen es de amigos:
 Mas debajo el veneno está encubierto,
 Que eran los pensamientos enemigos,
 Como pudo despues verse de cierto.
 ¡Oh grandes penosísimos castigos!
 ¡Oh curso de la vida siempre incierto!
 ¡Que do más ponga el hombre su esperanza,
 Tenga menos la vida aseguanza!

CVI.

¡Tanta tormenta en mar y tanto daño!
 ¡Tantas veces la muerte allí ofrecida!
 ¡Tanta lucha en la tierra y tanto engaño!
 ¡Tanta necesidad aborrecida!
 ¡Dó se podrá acoger huésped extraño,
 Buscando asegurar la corta vida,
 Que no se arme y se indigne airado el cielo
 Contra un gusano mísero del suelo?

FIN DEL CANTO PRIMERO.

LOS LUSIADAS.

CANTO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1960. 1925 MONTERREY, MEXICO

10662